

escritores

Marcelo Luján

“Últimamente, todo lo que tenga que ver con el mal, con el crimen, con las lacras de esta sociedad nuestra tan llena de crueldades e injusticias, atrae al lector. Es como un imán. El género negro actual está basado en eso: en contar las maldades verdaderas, digamos; y también, ejemplificar hasta qué punto de miseria puede llegar el ser humano.”

Marcelo Luján es un maestro de la palabra. Se puede permitir la osadía, para los más puristas, de utilizar una puntuación que marca ritmos diferentes a los que estamos acostumbrados. Es un placer leer sus libros que siempre tienen, en el fondo, un aroma porteño que los dulcifica y que el lector, sin duda agradecerá.

Al lector que no conozca a Marcelo Luján le espera una sorpresa de lo más gratificante. Se puede preparar a entrar en un mundo literario fresco y sincero vestido con una literatura de la más alta calidad. Así lo corroboran los muchos premios con que ha sido galardonado. Pero más allá de las distinciones que sin duda merece y que avisan de que nos encontramos ante un escritor de gran talla, aconsejamos emprender la lectura de sus libros para disfrutar de una narrativa digna de tener en cuenta. Sus libros no son una mera transición del primero al último sino obras netamente diferentes para poder disfrutar, también de manera diferente, de un escritor asimismo diferente.

Os dejamos con la obra de Marcelo Luján, un soplo de aire fresco venido más allá del Atlántico que no dejará indiferente a nadie.

P: Marcelo, ¿se puede escribir sin hablar de amor o de poder?

R: Se trata de dos ejes muy importantes en la mayoría de las historias, y no me refiero exclusivamente a la ficción. El amor, el poder o el dinero, la soledad del ser humano, la traición... muchas veces funcionan como núcleos que determinan el accionar de las personas (y de cualquier personaje, por supuesto); creo que dependiendo del género narrativo se pueden obviar perfectamente ambos temas. Hay algunas obras importantes de la literatura en donde estos elementos brillan por su ausencia. Tal vez aparezca algún coqueteo que otro pero sólo de modo referencial. No recuerdo, por ejemplo, que en *El astillero*, de Onetti, haya marcas importantes sobre poder o amor. En *Pedro Páramo*, de Rulfo, tampoco; y aunque hay ciertas reminiscencias amorosas, no enseñan el destino de la historia ni mucho menos. *El lobo estepario*, de Hermann Hesse (otra obra sobresaliente), tampoco. Podríamos hacer una lista larguísima de obras trascendentales que no atienden a estos parámetros. Si nos referimos a algunos de mis libros, te aseguro que en *El desvío* no utilizo ni el amor ni el poder ni siquiera como apoyo para desarrollar otras cuestiones. De modo que, a mi juicio, sí se puede escribir ficción prescindiendo de estos elementos.

P: ¿Qué opinas de los concursos literarios?

R: Lo más importante que deberíamos saber a propósito de los concursos o premios literarios es, resumiendo, que hay dos grandes grupos. Por un lado están los premios denominados 'limpios', que son competencias transparentes donde un jurado con libertades –de preselección o definitivo- se decide por una obra u otra sin tener en cuenta el nombre del autor y sin ningún tipo de interés externo a lo literario. Lamentablemente esos premios son los únicos a los que puede aspirar un escritor desconocido o novel o sin allegados que lo señalen previamente. Y este tipo de certámenes sí son muy útiles a

la hora de sacar la cabeza de la manada, como quien dice. También es cierto que no todos los premios con las características que mencioné antes valen a la hora de que un libro logre la primera función para la que fue concebido: llegar a la mayor cantidad posible de lectores. Si la publicación no tiene una distribución decente (me refiero a los cientos de libros que quedan arrumbados para siempre en los depósitos de un ayuntamiento), de poco va a servirle a su autor haber sido editado: el premio será un lindo recuerdo, un medallita con algún dinero de por medio, y nada más (a mí me ha pasado). Por lo tanto, recomiendo el envío de originales a premios cuya publicación tenga distribución. En cualquier caso, no son muchos los premios de este grupo que publique una editorial comercial, donde la difusión de la obra esté garantizada. Del otro grupo poco hay para decir. No hay competencia y las cribas –de haberlas- son parciales o poco creíbles. En el mejor de los casos se premia, digamos, la trayectoria de un escritor. A veces las intenciones son nobles, naturalmente.

P: Marcelo, ¿por qué seduce tanto al lector la narración de una venganza?

R: Últimamente, todo lo que tenga que ver con el mal, con el crimen, con las lacras de esta sociedad nuestra tan llena de crueldades e injusticias, atrae al lector. Es como un imán. El género negro actual está basado en eso: en contar las maldades verdaderas, digamos; y también, ejemplificar hasta qué punto de miseria puede llegar el ser humano. Con todo, la venganza pertenece por antonomasia a este conjunto de realidades. La venganza no es ajena al mal y un buen ejemplo de ello son, en Argentina, las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo: ellas no quieren venganza, no quieren el ojo por ojo (como siempre ocurrió en todas las contiendas), y desprecian, con su actitud, cualquier atisbo de barbarie. Convivimos demasiado cerca de la desgracia ajena, la tenemos al alcance de la mano, está ahí, acechándonos, y todos sabemos o intuimos que cualquier día nos puede tocar a nosotros. Esta sensación es, antes que nada, excitante; y es esa misma

excitación las que nos mantiene –imagino- alerta frente al peligro. No es extraño entonces que el lector busque y hasta se sienta identificado con las historias que narran hechos espantosos pero absolutamente posibles. Hay algo de morbo en todo esto, por supuesto. Pero no me parece que sea la venganza el epicentro de la atracción sino algo más superestructural, algo de mayor envergadura, algo que produce estupor por el solo hecho de saber que podría ser cierto y plausible, que podría estar ocurriendo ahí afuera, en cualquier esquina o en el seno de cualquier familia.

P: Un escritor ¿lo es las veinticuatro horas del día?

R: No, no lo creo... Sería un suplicio y terminaríamos todos locos, además. En lo personal entiendo que una persona es verdaderamente ‘escritor’ durante los procesos creativos, y no me refiero estrictamente a los momentos de construcción narrativa, al segmento de tiempo en donde uno desarrolla lo que quiere contar: la creación literaria es más amplia y requiere más tiempo del que muchos imaginan. La reescritura, la relectura, la selección de ideas, la toma de decisiones... Pero de ahí a que todas las horas de todos nuestros días estén dedicadas física y mentalmente a estos procesos, hay un largo trecho. A decir verdad, desconfío un poco de quién dice ser ‘escritor’ las veinticuatro horas del día. No lo sé..., me parece una barbaridad y hasta un sinsentido. Los escritores –al menos la mayoría- somos personas comunes y corrientes, con movimientos cotidianos como cualquier hijo de vecino: hacemos la compra, salimos a pasear, al cine, trabajamos, a veces en actividades relacionadas con la literatura, otras veces de lo que podemos o nos dejan, tenemos amistades fuera del círculo literario, etcétera. Sería descabellado pensar que un ser humano pueda mantener ante la vida una postura de ‘escritor’, las veinticuatro horas del día, los trescientos sesenta y cinco días del año. Decididamente no lo creo. Hay una frase inolvidable de Haroldo Conti que decía “soy escritor solamente cuando escribo, el resto del tiempo me pierdo entre la gente”.

P: Marcelo, ¿Qué sensación experimentas cuando pones la palabra "FIN" en un libro?

R: Una sensación de alivio indescriptible, aun cuando me voy aproximando a esa palabrita más o menos mágica. Alivio, sí. De todos modos, nunca sabemos cuándo 'FIN' significa realmente eso: el final del camino. Un texto de ficción suele ser bastante caprichoso a la hora de acercarse a lo definitivo. Por lo mismo, intento no releer algo ya publicado porque siempre se me escapa un susurro del tipo este párrafo lo podría haber trabajado más, este sustantivo..., este adjetivo, este cierre o esta interrupción del narrador. Es difícil separar la escritura de la reescritura. Difícil y peligroso. Creo que la literatura es muchas cosas pero sobre todo es reescritura. Igual, insisto, poner o acercarme a la palabra 'FIN' me produce alivio, mucho: algo interminable está casi terminado, pienso.

P: ¿Escribes con regularidad o te marca el ritmo la inspiración?

R: Suelo ser bastante anárquico a la hora de escribir y más que la inspiración, últimamente el ritmo me lo viene marcando el compromiso... En realidad, para poder sentarme seriamente a escribir una historia tengo que tener bien claro el final. Sobre todo con el cuento u otros textos cortos. En la novela trabajo más por acumulación: necesito ver los hechos centrales y a cada uno de esos hechos o situaciones centrales les voy dando forma hasta conseguir vislumbrar el modo de acabarlos, de cerrarlos y de ir conectándolos. Por otra parte no creo en la inspiración en tanto acción mágica, en tanto fuerza incontrolable que te maneja como a un autómatas. A veces me gustaría poder tomar notas de cosas que se me ocurren, pero también soy un desastre para eso. Y no sé si tengo regularidad a la hora de escribir: me puedo pasar meses sin armar un párrafo que no termine en la papelera de reciclaje; aunque cuando tengo un texto avanzado (sobre todo en géneros extensos) me puedo echar diez o quince horas pegado a la pantalla de portátil, durante los días

que hagan falta, sin teléfonos ni timbres y olvidando los horarios de comidas y también los de sueño.

P: Marcelo, ¿tus personajes opinan, a veces, por sí mismos?

R: Es una idea demasiado romántica pensar o creer que los personajes que uno inventa cobran vida propia. Si dejamos de lado a los formalistas rusos, que tan bien se ocuparon de enunciado y enunciación, podríamos decir que los personajes, en toda ficción, deben ser reales en la cabeza del lector. Eso es lo más importantes. Eso es lo único. Si en esa dimensión logran hacerse fuertes (opinar por sí mismos, por ejemplo), entonces habrá ganado la literatura.